

vuestros hombres, entre cánticos y alabanzas, la sagrada imagen de la Virgen del Carmen, totalmente cubierta de flores!

Desde aquel entonces mucha agua ha pasado, incluso por este río de poco caudal que es el Manzanares y del que se ha dicho que es una hermosa fuente con esperanza de río. Mucho es lo que ha habido que hacer desde aquel entonces; pero, afortunadamente, el resultado bien merece los esfuerzos y desvelos puestos en la obra. La iglesia, devastada en época roja y que ha sido reconstruída con numerosas aportaciones, la mayoría de personas modestas, y merced a la cooperación extraordinaria de la Junta Económica presidida por don Ignacio Satrustegui, así como por la entusiasta y acertada dirección de los Párrocos don Justo Pérez Cerrada y don Luis Soria; la procesión fervorosa y la alegría de los festejos son como un rosario de alabanzas a la Gran Señora, que Ella recoge sonriente y complacida desde su trono, refugio piadoso de mil miradas anhelantes.

¡Pregonar! ¿Qué es pregonar? Os confieso que cuando recibí el encargo, que tanto me honra, de actuar de pregonero en las fiestas del Carmen, me entró la duda de lo que me correspondía hacer. Díjeme para mis adentros si tenía que publicar en vos alta por calles y plazas el programa de las fiestas para que llegara a conocimiento de todos o, simplemente, alabar en público las calidades de la cosa pregonada. Naturalmente, gran tranquilidad me produjo el saber que el oficio de pregonero lo iba a ejercitar cómodamente sentado desde el estudio de esta Emisora; pero quedóme siempre la zozobra, que aún persiste, de cuál debía ser mi actuación, si una cosa u otra. Y yo, que soy de los que opinan que en muchas ocasiones más alaban silencios ajenos que lenguas propias, decidíme por ser mero narrador, que vosotros al escucharme, bien seguro estoy de ello, pondríais música y poesía a tantas y tantas excelencias, aunque mucho me temo que yo también me contagie y se me alegre la palabra ante el espléndido programa confeccionado por los Tenientes de Alcalde señores López Quesada y Navarro Sanjurjo, felices continuadores de otros dos Tenientes de Alcalde, grandes benefactores de la barriada chamberilera, los señores don José Navarro Morenés, Conde de Casa de Loja, y don Luis Calvo Sotelo, los que siempre encontraron excelente colaboración en los Secretarios de la Tenencia de Alcaldía, don Alberto Corazón y don Antonio Jiménez Font.

Los hijos de Chamberí, de antiguo han comprendido lo que siempre se ha dicho con harta razón: que el que no encuentra la alegría dentro de su casa, ¿dónde la irá a buscar? Y por esto han procurado hacer de su barrio uno de los más alegres del Madrid que ríe, alegre incluso para sufrir con resignación la adversidad. Ahora es muy posible que en estas noches de julio, calurosas y serenas, extrañe la ausencia de su verbena en la calle donde era costumbre instalarla, porque todas, por razones de urbanismo, se quedan en el mismo lugar; pero ahí está el sustitutivo de la «Kermés», montada cerca de los Nuevos Ministerios, ese recinto abierto a la brisa serrana, que ha de distraer y abanicar deliciosamente a pequeños, grandes y medianos. Y ¿qué me decís de la elección de

«La Carmen de Chamberí»? La belleza, esa carta de recomendación que gana de antemano las voluntades, tiene también en estas fiestas su lugar preferente. Y la razón es bien obvia: La mujer española es virtuosa y bella, y, cuando se juntan virtud y belleza, justa es la distinción y merecido el homenaje de un premio. Y todo ello, en un ambiente sano, puro y luminoso, como esas cascadas de estrellas de los fuegos artificiales que noche tras noche, durante cinco sesiones continuadas, han de iluminar aún más, para delicia de todos, el cielo madrileño, tan cuajado, tan tachonado de doradas luces.

Pero, además, señores, y esto sí que tiene importancia, toda esta diversión está encauzada hacia un fin primordial: recaudar fondos para los pobres del distrito. Como la generosidad de Chamberí es grande, en el transcurso del año se preocupa de ayudar a las personas que lo precisan; mas por si todo esto no fuera claro índice de sus sentimientos caritativos, durante el transcurso de estas fiestas se reparten comidas extraordinarias a cerca de 1.500 necesitados. ¡Que es de buenos madrileños acordarse en los momentos de alegría de las personas que son menos felices, haciéndoles partícipes de nuestros bienes!

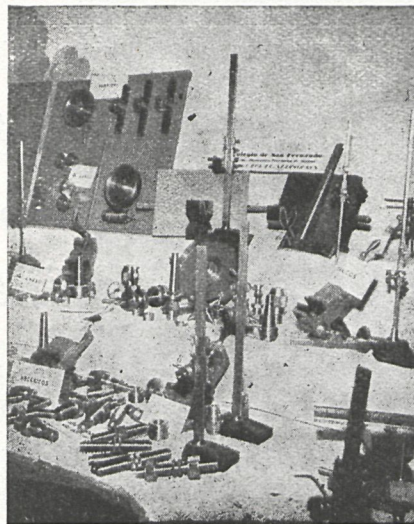
Ya no hay, como hemos visto, estruendo de «tíos vivos», gritos de charlatanes, música de barracas y de organillos, ni siquiera, como ha dicho un cronista madrileño, nos molesta el ruido de las bombillas rotas por los disparos de las escopetas. Pero si analizáis el espíritu de estas fiestas chamberileras, esa vena interior de las cosas, veréis que todo en este aspecto sigue igual a pesar de los tiempos, a pesar de las marcadas diferencias entre ayer y hoy. El barrio vibra en iguales deseos, y sus gentes, esas gentes que deambulan por las calles de la barriada con sus mejores galas, siguen siendo las mismas, un tanto diferentes en lo externo, si queréis, pero iguales en lo interno, a aquellas otras que en 1899 proclamaron a la Reina del Carmelo Patrona de la barriada y en 1935, contra todo evento, la sacaron en andas, rompiendo tibiezas y temores. Las mismas, porque todos saben que Ella, la Excelsa Señora, ha de seguir prestándoles, gozosamente, su protección. Suenen, por tanto, alegremente las campanas, que Madrid está de fiesta, que sus voces fuertes y poderosas se dejan oír en toda la ciudad para que el júbilo de Chamberí

se extienda, como en el hogar bien amado, a todos, sin excepción: al fuerte como al débil, al rico como al pobre, al devoto como al impío, al duro de corazón como al bondadoso, porque Ella, la Virgen del Carmen, quiere seguir derramando abundantemente sus Gracias sobre la población madrileña.





Exposición de los trabajos de corte y confección realizados en el taller de Sastrería



Obras de mecánica y forja realizadas por los alumnos del Colegio San Fernando

Una Exposición en el Colegio de San Fernando

LOS alumnos del Colegio de San Fernando —didáctica y espiritualmente dirigidos por los PP. Salesianos— han celebrado una exposición de trabajos. Desde los sencillos, de carácter escolar, de los niños menores, hasta los de más ambición y empaque, muestras espléndidas de la suficiencia alcanzada en los distintos oficios, de los mayores. Pasar las horas de una tarde contemplando la colección de cuadernos, planas caligráficas, dibujos, mapas, problemas, objetos de diversa traza, manifestaciones de las diferentes artesanías, forja, tallado, ebanistería, trajes, calzado, torno, mobiliario, pintura, escultura, es un deleite. Se admira y se comprende una labor abnegada, de magníficos rendimientos, que sólo el sentido de íntegra consagración a la enseñanza, de verdadero amor a los humildes, de auténtico apostolado, como el de los herederos de Don Bosco, es capaz de afrontar.

Este certamen, sencillo y grandioso a la vez, hace recordar la evolución que se ha producido, en pocos años, en el Colegio tutelado por la Diputación Provincial. Estaba yo en ella, en anterior etapa de gestión, cuando se pensó y ejecutó la iniciativa de dar el gobierno de la institución a los salesianos. La situación cambió, rápida, totalmente. El Colegio adolecía, en su régimen interno, de defectos graves que no eran imputables a incapacidad o incumplimiento de regidores y maestros. La razón de determinadas anomalías, de excesivas licencias y recusables comportamientos en el internado, estaba en la misma estructura de la labor pedagógica y de dirección espiritual de los muchachos. El profesor civil pue-

de llevar a la formación de los que empiezan a establecer contacto con la vida, una cultura, un bagaje de conocimientos. El intelectualmente dotado, o con fe en sí mismo, con una vocación, con ilusiones, aprovechará. Sin embargo, eso no es todo. La disciplina es fundamental. El religioso se da por entero. No tiene el pensamiento puesto en su hogar, en problemas íntimos, en el legítimo propósito de mejorar su individual economía. Todo ello, comprensible, digno de respeto. Pero que constiuye un freno, una causa de disminución de facultades y eficacias. Los salesianos, singularmente, actúan con arreglo a concepciones rígidas, a sometimientos estrictos. Su magisterio tiene mucho de catequización.

No se trata del rigor. La fecundidad y el acierto del sistema consisten en el tacto especial, en la aleación certera de la autoridad y el cariño. Sin castigo excesivo, sin adustez innecesaria, por la persuasión, el educando va tomando afecto a sus maestros. El consejo, al ser interpretado, se trueca en consigna. La obediencia, lejos de humillar, complace. Al dirigirnos a las naves donde se exponían los trabajos de los escolares —cerca de un millar de chicos, desde la temprana edad de cinco años, hasta ser hombres y estar en disposición de salir para situarse en la vida— un padre jugaba al fútbol con sus discípulos. Como uno más. Sentido exacto de la fraternidad. La camaradería, en reemplazo de la severidad que intimida. Los alumnos van acercándose al director, cuando éste nos acompaña solícito. Besan su mano; le dan, respetuosos, las buenas tardes, y en los rostros se

dibuja una alegría que no puede fingirse, que no habría nadie capaz de imponer, si no naciera con sintomática espontaneidad. Esta es la obra. Y así se ha transformado algo que es más importante que los aspectos materiales, los edificios, las instalaciones, la alimentación y el vestir. Se ha reformado, sustancialmente, un espíritu. El Colegio de San Fernando, obra dilecta de la Corporación provincial, es, actualmente, una institución modelo, una verdadera escuela de formación profesional que a los desheredados de la más primordial e importante de las fortunas —el hogar, la familia, el amoroso cuidar de los padres— los pone en condiciones de ganar su propio sustento, con dignidad, sin posibles complejos de envidia ni de inferioridades.

El conjunto de objetos expuestos, desde la sencilla labor de los pequeños, con carácter netamente escolar, a los muebles, las máquinas, las muestras de forja y torno, es irrefutable exponente de una capacitación. Muchos de los alumnos de San Fernando han tomado parte en competiciones de carácter nacional y han obtenido trofeos, distinciones y, en algunos casos, títulos de campeones, números unos en los concursos a que acudieron. Esta es la mejor comprobación testimonial del grado de eficiencia que se ha logrado en la institución, orgullo legítimo de la Diputación Provincial y confirmación plena del acierto que presidió la idea de cambiar el régimen y la estructura interna del Colegio, poniéndolo en las manos expertas y fervorosas de los salesianos.

FRANCISCO CASARES

La Corrida de Beneficencia, gran éxito, artístico-económico, de la temporada taurina 1955

El público ovacionó entusiastamente a los Reyes de Jordania y a S. E. el Jefe del Estado Español, quienes realzaron con su presencia este magno acontecimiento

Girón fué premiado con dos orejas; Chicuelo obtuvo una, y Peralta dió una extraordinaria lección de toreo a caballo

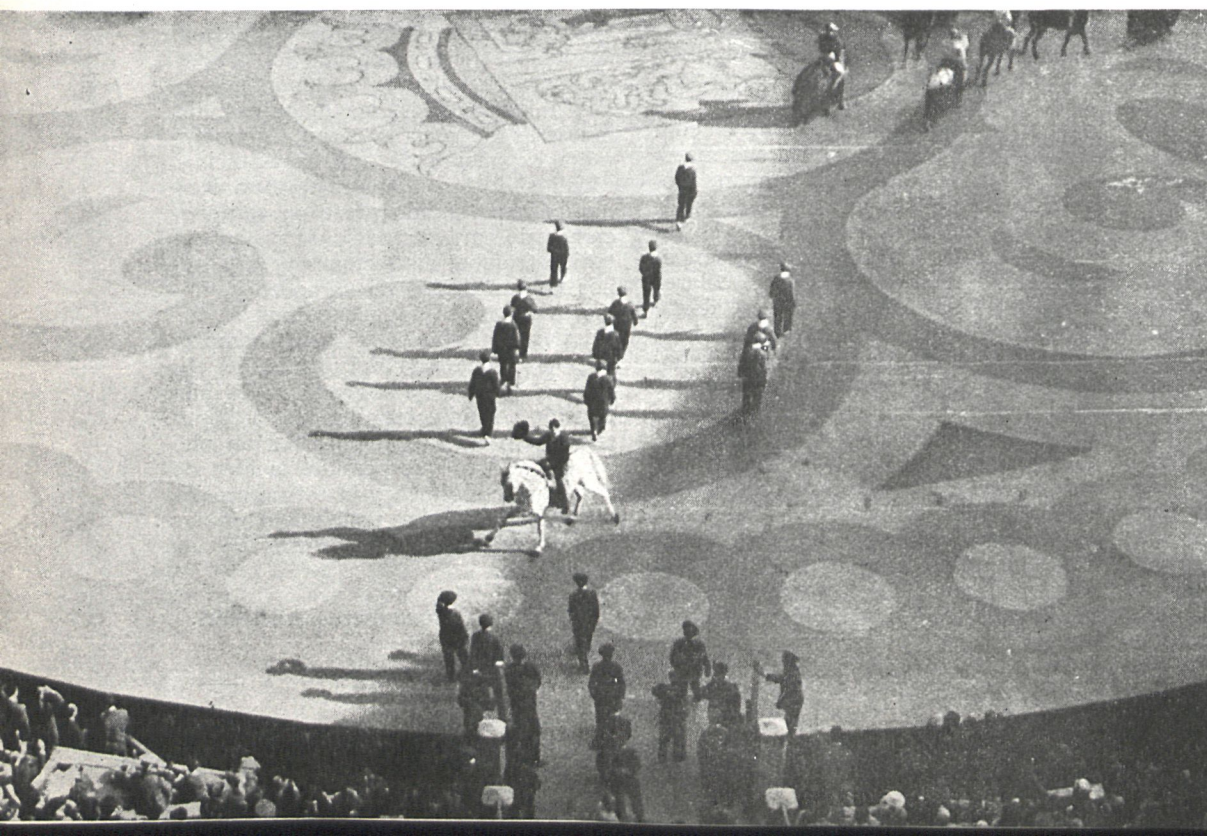
EN este año la gran corrida de Beneficencia ha confirmado, una vez más, las excelentes dotes de organizador que concurren en nuestro Presidente, don Mariano Ossorio Arévalo, Marqués de la Valdavia. De todos es sabido cuán grande es su afición por la fiesta nacional, las simpatías que tiene dentro de los medios taurinos y su capacidad, demostrada ya en otras siete corridas, para confeccionar carteles de categoría. Pero en esta ocasión se puede afirmar que el Marqués de la Valdavia se ha superado a sí mismo y ha ofrecido a los madrileños un festejo de calidades extraordinarias.

Empecemos por decir que hasta el mismo cartel anunciador de la fiesta ha sido mejor. En las anteriores ediciones se logró llamar la atención del público a través de magníficos dibujos que respondían a diferentes técnicas, pero que dieron lugar a apreciaciones distintas. En

cambio, el cartel premiado para la corrida de 1955 ha merecido unánimes elogios. Su línea moderna, la viveza de los colores y la originalidad del tema, apartándose de moldes clásicos, llamaron poderosamente la atención del público, y se consiguió, por conducto de esta publicidad, que quince días antes de la fiesta ya se hablara con entusiasmo de la misma y se esperase el día 7 de junio, fecha en que había de celebrarse, con verdadera expectación. Expectación, desde luego, bien fundamentada. Nada menos que en el siguiente programa: Don Angel Peralta, el triunfador del noble arte del toreo a la jineta, con un novillo de Salvador Guardiola, y seis hermosos toros de la acreditada ganadería de don Antonio Urquijo para Julio Aparicio, César Girón y Chicuelo II. ¿Se puede pedir más? Arte, valor y noble competencia en favor del Hospital Provincial, el establecimiento hospi-



En este reportaje gráfico de la Gran Corrida de Beneficencia se recogen diferentes momentos del extraordinario acontecimiento taurino. En la parte superior vemos llegar al palco presidencial a la Reina de Jordania y a doña Carmen Polo de Franco, ataviadas con la clásica mantilla, y en la segunda fotografía, a S. E. el Jefe del Estado Español saludando a César Girón, y a Julio Aparicio durante el descanso de la corrida, en presencia de los diputados provinciales señores Muñoz Mateos, Puig Maestro-Amado, Casares y Pereira. En la parte inferior, el desfile o paseillo, con el ruedo adornado; el Rey de Jordania y el Caudillo conversando con el diestro venezolano César Girón, y el burladero de la Excma. Diputación ocupado por los diputados señores Palenzuela, Pereira, Batista, Casares, Sanz Huerta, Fernández Panadero y Torres.— (Fotos Leal)





La Marquesa de Villaverde también presenció la Corrida de Beneficencia ataviada de mantilla. El color blanco de la prenda resalta aún más la belleza españolisima de la Marquesa de Villaverde.

talario que tiene abiertas sus puertas para remediar los males de los enfermos pobres, sin exigirles requisito alguno, ni siquiera su carta de naturaleza. Aparicio, el torero madrileño, que une la veteranía —competencia, arte y experiencia— con la juventud, entusiasmo y ansias de triunfo; Girón, el acaparador de triunfos y trofeos, máxima novedad en la Plaza Monumental, y Chicuelo II, el torero multitudinario, hicieron de este acontecimiento taurino que es siempre la corrida de Beneficencia, la del mejor cartel y la del más hermoso fin, el espectáculo más codiciado y esperado del año, que superó incluso en demanda de localidades al gran partido de futbol entre España e Inglaterra.

El gran éxito inicial del Marqués de la Valdevia, creador de este ambiente de expectación, fué largamente confirmado en las Ventas con un lleno extraordinario y con un resultado económico brillante, y este fué un nuevo éxito de la empresa; ¡cómo estaba adornada la plaza! En el graderío, las mujeres más bellas y elegantes de Madrid; los balconillos de los tendidos y el antepecho corrido de palcos y gradas, adornados con tapices, guirnaldas de flores y bande-

ras, y hasta la arena del ruedo, artísticamente engalanada con el escudo de la capital de España. Y allí, en el palco presidencial, recibiendo sonrientes las atronadoras ovaciones del público, el Caudillo de España y su esposa, junto a los Reyes de Jordania. Ovación de bienvenida a los soberanos extranjeros —la Reina realzaba, al igual que doña Carmen Polo y la Marquesa de Villaverde, su delicada belleza con la clásica mantilla española—, y de entusiástica adhesión a quien desde la Jefatura del Estado ha forjado para nuestra patria paz y riqueza, o sea, bienestar general para los españoles.

El desfile o paseílo, amenizado por el alegre pasodoble, ha terminado. Ya está en el ruedo «Engreído», el toro más bravo que esta temporada ha salido en las Ventas, un toro propicio para que Peralta realizara una de las faenas más grandes del toreo a caballo que hayan visto los espectadores de la plaza madrileña. Dominio en la monta y destreza en el rejoneo. Y además, arte —¡qué elegantes y bonitos resultaban los caracoleos del caballo!— y valor, valor extraordinario, porque en cada rejón clavado y en cada par de banderillas a dos manos, medidas en la pasada a la bestia y centradas en el morrillo del toro, exponía con exceso su propia vida y la de su cabalgadura. En fin, una lección, deliciosa y emocionante, de lo que debe ser el rejoneo a caballo, premiada con vuelta al ruedo y petición de oreja, no otorgada por la presidencia porque Peralta, ya a pie, falló con el estoque.

Al primer espada de la terna, Julio Aparicio, no le sopló el viento de la fortuna. Estuvo toda la tarde apático, y el público le abucheó con frecuencia porque defraudó las esperanzas que tenía puestas en él. Excesivamente nervioso por la reprobación de los aficionados, tan insistentemente manifestada, no acertó en ninguna de sus dos faenas, en las que no logró ni siquiera un mulatazo con temple ni valor. Fué el garbazo negro de la fiesta. Afortunadamente para el gran diestro madrileño, Julio Aparicio ha sabido tomarse el desquite con largueza en las ferias españolas, volviendo a ser el torero que tantas veces hemos aplaudido.

Y llegamos, por riguroso turno de antigüedad, a César Girón, el venezolano españolísimo, de quien ha dicho el ilustre novelista Camilo José de Cela, viéndole impertérrito ante una embesitada, que aguanta hasta una inundación del Orinoco, ¡y vaya si aguanta!; con valentía excep-

cional, sí, pero también con extraordinaria sabiduría. Girón sabe colocarse y sabe mandar, y por esto, dejando aparte la grandeza de su corazón, puede aguantar en terrenos inverosímiles. En la corrida de Beneficencia toreó al natural y con la mano derecha como pocos maestros de la torería lo han hecho. Cada muletazo fué una obra de arte definitiva, difícil de superar. La estupefacción de la gente no tenía límites. Si antes entusiasmó con unas maravillosas y templadas verónicas, ahora, con la muleta, en esta faena a «Deseado», brava fiera, llevaba al público al paroxismo del delirio con la plenitud de su arte, sazonado, vario y único. Como César Girón fué herido al entrar soberbiamente a matar, le llevaron a la enfermería las dos orejas, concedidas de manera absoluta y sin la más leve discrepancia. En la otra faena —«Farruquero» se llamaba el astado— también estuvo muy artista y torero. Con el capote, sencillo y elegante; con las banderillas, de excepción, y con la muleta cinceló, espaciándolos, cuatro pases circulares, en los que el temple no tuvo fin ni la locura de los espectadores tampoco. Su labor fué premiada, en este toro, con vuelta al ruedo.

Chicuelo fué otro de los triunfadores, y su triunfo fué en verdad bien merecido, porque es difícil que ningún torero exponga tanto como

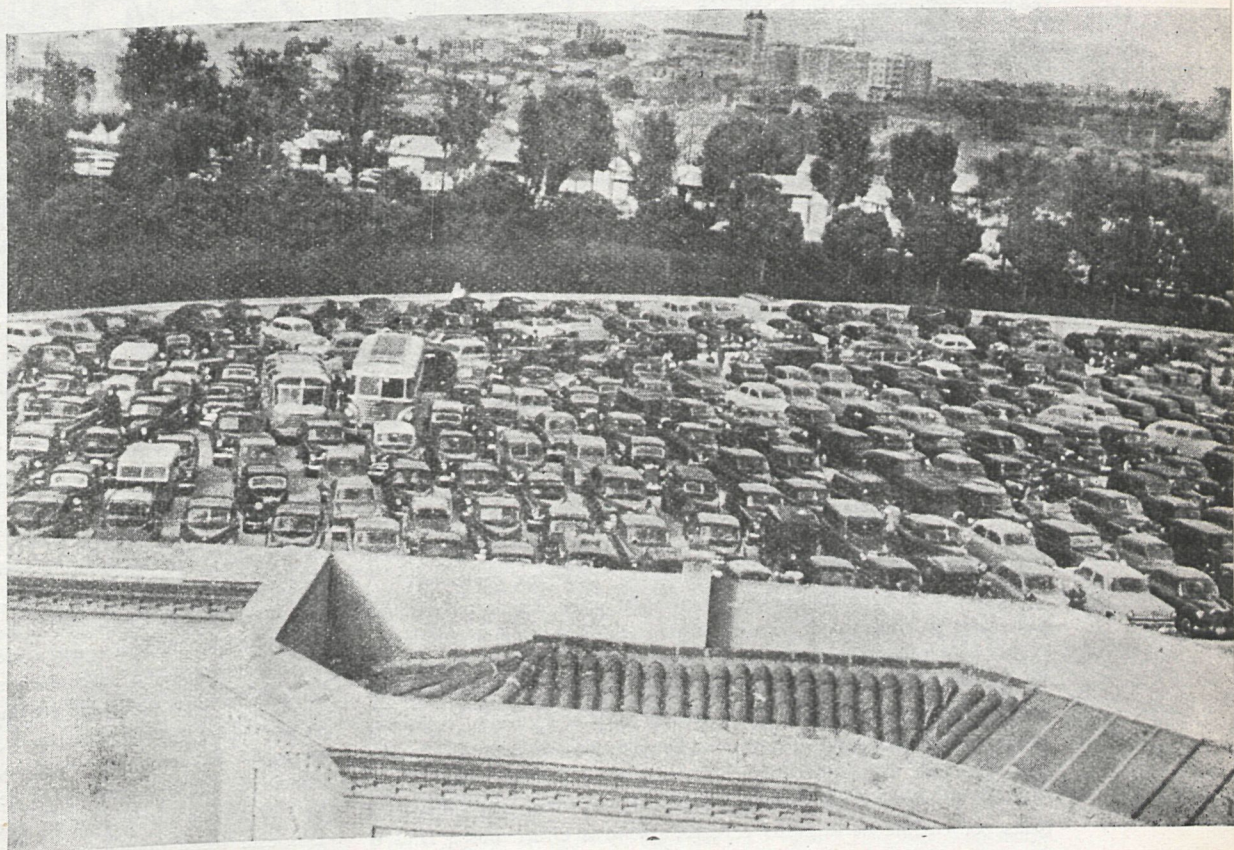
él. A Chicuelo hay que ir a verle con el frasco de bromuro en el bolsillo. Cada pase fué un grito de terror, un alarido de pavor; tan dramático es su toreo que no sabe uno si admirar más su sereno estoicismo o cómo esquivaba el peligro. Pases ajustadísimos, molinetes de rodillas y otras lindezas del toreo moderno, interpretadas con una temeridad escalofriante, hicieron delirar a los aficionados que, entregados al valor de Chicuelo, prorrumpían en aclamaciones frenéticas. Una gran estocada

proporcionó al espada la oreja y la aclamación final.

Y aquí terminó la corrida. Pero digo mal; la corrida, que concluyó con una gran ovación al Caudillo y a los Soberanos de Jordania, siguió comentándose en las tertulias madrileñas. El que había tenido la suerte de presenciarla se vanagloriaba de ello, y el aficionado, o simplemente la persona que no se pierde ningún acontecimiento y que no encontró localidad para el festejo —nuestro Presidente, al informar sobre los beneficios obtenidos, manifestó que hubiera sido necesario contar con otra plaza más para atender todos los pedidos—, se lamentaba de su poca fortuna.

Éxitos, artístico y económico, extraordinarios. El primero ya queda relatado; el segundo está reflejado con la ganancia conseguida, que asciende a SETECIENTAS VEINTICINCO MIL pesetas, que íntegramente se destinará en mejoras del Hospital. Felicitémonos de ello y aplaudamos a quien ha hecho todo esto posible, ese hombre dinámico, trabajador, nuestro Presidente, Marqués de la Valdavia, y extendamos estos parabienes al Jefe de la Sección de Beneficencia, don Juan José San Martín, su más directo colaborador en la cuestión taurina, fiel y acertado cumplidor de sus órdenes.

A. G. W.



Esta perspectiva de los alrededores de la plaza explica mejor que las palabras cuál fué la aglomeración de público y la calidad del mismo.